


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Ulises Bosia, *El Plan Inca. El audaz proyecto de Belgrano en tiempos de la independencia* (Buenos Aires: Ediciones Futurock, 2025).

Manuel Tizziani

Universidad Nacional del Litoral / CONICET

manueltizziani@gmail.com

Fecha de recepción: 30/03/2026

Fecha de aprobación: 06/04/2026

“

¡Sombra esplendorosa de Belgrano, voy a evocarte, para que, sacudiendo el polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que afligen

las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo!”

Ese podría haber sido, sin demasiada dificultad, el inicio del libro de Ulises Bosia: *El Plan Inca. El audaz proyecto de Belgrano en tiempos de la independencia*. Se trata, por supuesto, de una paráfrasis casi textual del inicio del *Facundo*, en el que Domingo Faustino Sarmiento apela a la guía de un ilustre difunto que tiene las llaves para develar un enigma y para señalar un posible la salida del laberinto de la organización nacional. El recurso no es original, por supuesto: cuenta con antecedentes célebres, como el de Dante Alighieri, quien se descende a los siete círculos del

infierno de la mano de Virgilio, y otros menos afamados, como el del conde de Volney, un autor al que Belgrano pudo haber leído.

De hecho, los más célebres de sus contemporáneos, el Secretario de la Primera Junta, Mariano Moreno, había hecho una traducción casi completa de *Les Ruines, ou Méditations sur les révolutions des empires* —bajo el título *Las ruinas de Palmira*— (1791), con la intención de publicarla en Buenos Aires junto al *Contrato social* de Rousseau, como parte de un programa ilustrado de formación política. Entre las principales ideas que Moreno tomó de Volney está la figura del “legislador sabio”, hombre providencial o héroe filósofo, que es capaz de remediar los infortunios sociales y políticos causados por las mezquindades humanas y levantar al mundo de sus ruinas.

Al mejor estilo de Dante, o de Sarmiento, Volney va de la mano de un genio que sale a su encuentro, y que lo invita a realizar un viaje por las ruinas de Medio Oriente; allí realiza una indagación acerca de las razones por las cuales “se elevan y abaten los imperios”. Según la tesis de Volney, la razón principal de la ruina de los imperios es la codicia, una pasión que trastoca la naturaleza (que ha hecho a todos los seres humanos iguales en sus necesidades y en su complejidad), y que da origen, primero a la propiedad privada y más tarde a la esclavitud. La única forma de evitar ese desenlace ruinoso es contar con un legislador sabio, que reúna en su persona el poder constituyente y establezca una forma de sociedad que pueda evitar que continuemos “mudando de tiranos sin destruir la tiranía”, una afamada frase de Volney que Moreno incluye en su prólogo a la edición del *Contrato social* de Rousseau.

Al igual que el libro de Volney, en *El Plan Inca* —una obra muy bien escrita y muy bien documentada, y que combina una rigurosa investigación histórica con la indudable sensibilidad política—, Ulises Bosia nos invita a realizar un viaje de la mano de un guía ilustre y muy versado (¿un legislador sabio?). En concreto, el autor nos invita a redescubrir y a repensar uno de los episodios más singulares —y a la vez menos conocidos, adrede— de la historia política rioplatense: la propuesta de coronar a un descendiente inca como monarca constitucional en el Congreso Constituyente de Tucumán, en 1816; un Congreso convocado con la intención de poner fin a la revolución iniciada en 1810, y de establecer un marco jurídico-normativo que pudiera evitar dos peligros latentes: la anarquía y el despotismo.

El mérito central del libro de Bosia, en el que las voces de los protagonistas se hacen oír sin mediaciones gracias al trabajo documental, radica en que no nos induce a admirar aquel proyecto de Belgrano como una excentricidad anecdótica o una curiosidad pintoresca, casi como una ocurrencia trasnochada, sino a considerarlo como una verdadera alternativa política; una alternativa que se puso sobre la mesa y se discutió en serio, con sólidos argumentos, en el momento en el que se debatían las formas posibles de organizar el nuevo orden independiente. Una alternativa que incluso contó con apoyos de figuras clave, como José de San Martín y Martín Miguel de Güemes. En suma, el libro se propone rescatar esa apuesta olvidada y reavivar la reflexión política sobre nuestro pasado, para imaginar, por qué no, algunos futuros alternativos. He allí, en definitiva, una de sus principales intenciones.

Antes de considerar brevemente la disposición del contenido del libro, baste señalar que, al final de la lectura, tres cosas quedan bien claras: en primer lugar, que el Plan Inca fue una iniciativa seria y meditada, que buscaba consolidar la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, obtener reconocimiento internacional para la causa, y movilizar el apoyo de las masas indígenas, apelando a la “utopía andina” y a una “mitología incaica” presente en la conciencia popular y en el discurso revolucionario criollo. En segundo lugar, que, aunque contó con el apoyo inicial de muchos diputados y de importantes líderes militares, generando un intenso debate en la prensa, el Plan Inca —que proponía afincar geográficamente la monarquía constitucional en Cuzco— finalmente no prosperó debido a la oposición de la élite porteña, que buscó resguardar sus intereses económicos, políticos y territoriales. También fue importante el rechazo a la “identidad de causa” entre criollos e indígenas, lo que se vincula con el tercer aspecto que aclara la lectura: la impugnación del Plan Inca por parte de la historiografía “oficial” —y su posterior olvido— ponen en evidencia las tensiones fundamentales que todavía pueden advertirse en la construcción de la identidad nacional argentina.

La articulación del libro, al igual que su escritura, es realmente muy clara, y se nota que fue cuidadosamente pensada. Cada capítulo agrega una capa interpretativa que complejiza progresivamente el argumento general.

El primer capítulo sitúa con claridad el contexto regional e internacional, y explica las razones por las cuales, en un momento de profunda crisis, y haciendo uso de una vivaz imaginación política, Belgrano llega a considerar plausible la propuesta de un rey inca. En el frente externo, la restauración absolutista —en España y en Europa— había traído consigo dos consecuencias: la “independencia absoluta” como único destino posible para América y la tendencia general “a monarquizarlo todo”, que parecía cerrar las puertas a cualquier proyecto republicano. En el frente interno, la crisis de legitimidad del Directorio, una “tendencia a la balcanización” de las provincias y los reveses militares en el Alto Perú configuraban un escenario dramático. A eso se sumaban los fracasos diplomáticos de Rivadavia y del propio Belgrano, quienes habían sido incapaces de dar con un monarca europeo dispuesto a reinar sobre estas tierras. En ese marco, Belgrano, quien desde su juventud simpatizó con la idea de un rey (fue el primer “carlotista”, para decirlo con un poco de sorna) propuso ante el Congreso de Tucumán una monarquía constitucional con un descendiente inca como soberano, con tres argumentos de peso: el “acto de justicia y reparación histórica” (p. 38) que supondría reponer en el trono a quien había sido despojado por la fuerza; la posibilidad de “evitar una futura revolución” (p. 38) entre los pueblos indígenas, teniendo en la memoria la de Tupac Amaru II; y el “entusiasmo general que se preveía que podía desatar esta decisión” (p. 38) en los pueblos del Alto Perú, crucial para revertir la situación militar desfavorable y ganar la guerra por la independencia. En resumen, la idea no sonaba disparatada, pues no sólo podía dotar a la causa revolucionaria de legitimidad interna frente a los pueblos andinos, sino incluso ser más aceptable ante las potencias europeas de la época.

El segundo capítulo retrocede algunas décadas en el tiempo, hasta la “gran rebelión” de Túpac Amaru II, y se ubica así en el ciclo de insurrecciones andinas ocurridos entre 1780 y 1783. Con ese recurso, Bosia muestra con claridad que la propuesta de Belgrano tampoco fue una ocurrencia aislada, un conejo sacado de la galera, sino que se enraizó en una larga historia de “utopía andina”, y en una “mitología incaica” que, como señalamos antes, estaba presente tanto en la subjetividad indígena como en las élites criollas ilustradas. En suma, estas experiencias habían abierto un horizonte político que seguía vivo: el mito de la restitución incaica. Esa utopía no era un recuerdo pasivo y lejano, sino una fuerza movilizadora que en 1816 todavía podía convocar adhesiones populares y ofrecer un principio de legitimidad para el nuevo orden.

En el tercer capítulo, Bosia muestra que esta “mitología incaica” no sólo circuló entre indígenas y mestizos, sino también en ambientes criollos, e incluso llegó al ámbito europeo. Desde los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, hasta las ideas del caraqueño Francisco de Miranda, existió toda una corriente de pensamiento que revalorizó lo incaico como fuente de legitimidad. En el Río de la Plata, esa corriente no sólo contó con ilustres precursores ideológicos, como el ya mencionado Moreno o su heredero en la *Gazeta de Buenos Ayres*, Bernardo de Monteagudo, sino que se tradujo en decisiones políticas y se plasmó en símbolos, homenajes y en la propia retórica revolucionaria. El Plan Inca aparece, en suma, como el intento más radical de darle forma institucional a esa tradición.

El capítulo 4 constituye el núcleo del libro. Allí, Bosia reconstruye las discusiones que se dieron durante el Congreso de Tucumán: exhibe el entusiasmo inicial ante el Plan de Belgrano, las resistencias y trabas de algunos diputados, los apoyos militares de San Martín y Güemes, y el rol decisivo de la prensa porteña. El libro muestra con precisión cómo, en esos debates, se entremezclaron argumentos de índole práctica, temores ante una “guerra de castas” y concepciones más elitistas que rechazaban cualquier protagonismo indígena. También muestra cómo la propuesta fue perdiendo su fuerza inicial, principalmente porque entraba en contradicción con los intereses de la élite porteña, que veían en ella una amenaza a su proyecto político y social. Sin ser explícitamente rechazada, la idea fue siendo silenciosamente olvidada.

El capítulo 5 está dedicado a rastrear los posibles candidatos a ocupar el trono —porque, a diferencia de la opción teórica de Miranda, la de Belgrano parece haber tenido un grado mucho mayor de concreción: quería “un inca de carne y hueso” (p. 178)—; en particular, a reconstruir la peculiar vida de Juan Bautista Túpac Amaru, medio hermano de José Gabriel, aquel rebelde ajusticiado en 1781. Tras cuatro décadas de prisión, Juan Bautista fue liberado en 1822 y llegó a Buenos Aires, en donde el gobierno de Rivadavia le otorgó una pensión a cambio de escribir sus memorias, *El dilatado cautiverio*, publicadas póstumamente. En estas páginas, Bosia muestra las tensiones de aquella situación: por un lado, la potencia simbólica de un “inca vivo” en la capital; por otro, las limitaciones reales de su influencia, que revelan también los límites fácticos de aquel proyecto político.

Finalmente, en el capítulo 6, Bosia refiere a la derrota y a la negación del proyecto: el Plan Inca no prosperó; fue derrotado en el Congreso, abandonado sigilosamente, sin un rechazo explícito formal, y luego deliberadamente borrado de la memoria nacional. Y si fue “desenterrado” por la historiografía posterior, particularmente en el siglo XIX, lo fue “con el objetivo de destruirlo” (p. 177). La construcción de una narrativa acerca de una Argentina “blanca, europea y republicana”, con Bartolomé Mitre a la cabeza, necesitaba olvidar cualquier “unidad de causa” entre los criollos y los pueblos indígenas. En suma, Bosia da cuenta de la potencia de esa negación, que ha sido tan contundente que todavía hoy solemos conocer el episodio tan solo como curiosidad. Su libro busca, precisamente, lo contrario: recuperarlo como una alternativa real y como una invitación a repensar nuestra historia desde una perspectiva diferente. Con ello, interviene también en una discusión historiográfica más amplia: la del lugar de lo indígena en la formación política argentina, entrando en diálogo con una tradición crítica que ha revisado los relatos nacionales clásicos y sus exclusiones constitutivas.

El Plan Inca combina historia y política (lo que también se advierte en su escritura, ya que Bosia evita tanto la erudición como la simplificación, logrando una obra accesible sin perder densidad analítica). Nos recuerda que la independencia no fue un camino lineal hacia la nación que finalmente construimos, sino un campo de tensión —e incluso de batalla, a veces sangriento— entre opciones, debates y proyectos diversos. Y nos invita a preguntarnos, entre otras cosas: ¿qué hubiera pasado si la propuesta de Belgrano se hubiera impuesto? Más allá de la respuesta, más propia de la literatura fantástica que de la historia, la pregunta misma nos abre la puerta para imaginar un pasado —y un futuro— distintos.

En suma, como sugiere Bosia, la derrota y negación del Plan Inca reflejan el triunfo de un proyecto de nación fuertemente europeísta y excluyente, que dio la espalda a la herencia indígena. Esta visión, consolidada en el siglo XIX, modeló la identidad argentina como “blanca”: la de un país que “bajó de los barcos” (p. 192) y se afincó “en la pampa” —sinécdoque de la patria—, invisibilizando así a las poblaciones originarias y a sus luchas.

En ese sentido, *El Plan Inca* no sólo es un libro de historia, sino que también proyecta su “potencia, sus contradicciones y sus desafíos hacia el futuro” (p.197). La recuperación

historiográfica de este plan hoy cobra un nuevo sentido, en un contexto de reivindicación del indigenismo en América Latina y del cuestionamiento a las narrativas hegemónicas. Pues el americanismo —hibridado con las ideas políticas más avanzadas de su época, fruto de la reflexión ilustrada— que propuso Belgrano, aunque no era un “indigenismo”, sí intentó una “inclusión protagónica” de los indígenas, en contraste con la “utilización criolla de un motivo literario” (p. 179), como había sido la propuesta de Miranda.

Para concluir, cabe señalar que el viaje propuesto por Ulises Bosia, de la mano del genio de Manuel Belgrano, nos invita a ampliar nuestra imaginación histórica y política, a reconocer la compleja realidad étnica y cultural de la patria que hemos constituido, desafiando el “punto ciego de los proyectos nacionales en relación con lo indígena”. En definitiva, es un libro que nos estimula a revisar quienes somos. Pues, más allá de su fallida concreción, *El Plan Inca* es un recordatorio de los futuros posibles que no fueron, y de las tensiones no resueltas en la construcción de nuestras identidades nacionales, las que aún persisten en el siglo XXI.